Año I. Lorca 15 de Febrero de 1885. Núm. 7.

EL REGANTE.

REVISTA SEMANAL

DE INTERESES MORALES Y MATERIALES, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Director, D. MARCELINO NAVARRO CARRASCO.

Precio de suscricion.—En Lorca, un mes **25** céntimos de peseta.—Número suelto 5 idem.—Idem atrasado 15.—**Direccion,** Colmenarico, 1

LOS DIFAMADORES.

—

Hace ya algún tiempo que un periódico de París publicó una caricatura, que se llamó de las Tres Cucañas, con todo el ingenio, pero á la vez con todo el agresivo espíritu, que distingue á nuestros vecinos los franceses. Por si algunos de nuestros lectores no la conocen, vamos á decirles lo que aquella caricatura representaba. Por la primera cucaña aparecía subiendo un inglés, y un grupo de ingleses ayudándole á subir, unos presentándole sus hombros para que se apoyase y otros empujándole con sus manos: por la segunda cucaña aparecía subiendo un francés y un grupo de franceses colocados á alguna distancia aplaudía batiendo palmas, su agilidad y su destreza: y finalmente por la tercera aparecía subiendo un español, y un grupo de españoles, ni ayudaba como el inglés, ni aplaudía como el francés, sino que furioso se lanzaba á cogerle de los piés, no solo para impedirle la subida sino para arrojarle al suelo.

Aunque no podamos negar su gracejo y la sutileza de su ingenio, la caricatura produce en nosotros una penosa impresión, tanto más penosa cuanto que no la consideramos desprovista de acierto. Es preciso confesarlo por mas nos lastime, el defecto que nos censura el francés con su natural ligereza, existe entre nosotros y es acaso la razón principal de nuestro atraso y de nuestra pobreza. Nos faltan el sentimiento de generosidad que representa la primera de las cucañas, y el sentimiento de nobleza que representa la seguridad; y tenemos el egoismo y la mezquindad que se descubre en la tercera.

Vivimos en contínua guerra más bien que por el placer de vencer, por el placer de matar; cuidamos más bien del daño que hacemos que del beneficio que reportamos; y en Lorca que desgraciadamente no nos hemos librado de este mal, sufrimos por necesidad sus desastrosas consecuencias. No queremos hacer historia en materia tan desagradable, y preferimos hablar en hipótesis.

Figurémonos que un extranjero, un inglés por ejemplo, en su afán y en su deseo de especulación, procura cerciorarse de si las aguas tienen en Lorca el grandísimo valor que se les atribuye, si las noticias y los datos que ha recogido son exactos; y que para esto se dirije y pregunta á un lorquino. ¿Qué se figuran nuestros lectores que contestará nuestro paisano? Si quieren acertar no se inspiren en la generosidad y en la nobleza de sus sentimientos, ni siquiera en su espíritu de rectitud y de verdad, y creannos lo que vamos á decirles.

El lorquino se enterará ante todo de si con su contestación va á favorecer los intereses de alguien, por ejemplo de la Sociedad del Pantano, porque entonces es de todo punto indispensable contestar de manera que perjudique. Y bien echadas sus cuentas dirá; que todo es inexacto, que no es cierto el valor que bajo la presión del interés se dé á las aguas; que el resumen del año (que es el publicado por el Sindicato) es falso; y que ni el Pantano ni la sociedad llegarán á vivir dos años. Les parece á nuestros lectores demasiado fuerte y exagerada la suposición; pues tengan confianza en nuestra palabra y crean que no lo es.

Pero aparte de la probabilidad de este dicho vamos á examinar su índole y sus consecuencias, que es nuestro propósito. Perdonemos la Sociedad del Pantano sino nos ocupamos para nada del perjuicio que con esto se le pudiera ocasionar; la consideramos como una esperanza y como un fundamento de prosperidad para este país, pero no es su vida ni su interés el que nosotros queremos analizar ahora; llaman más directa y más poderosamente nuestra atención, nuestra propia vida y nuestros propios intereses.

El lorquino que de tan desatentada manera procediese, no solo había lastimado nuestro concepto moral, sino también los intereses muy respetables de sus convecinos. La agricultura, la industria, el comercio, necesitan como condición esencial del crédito, y este crédito nace de su propio valer y de su propia importancia. Figuraos nuestras tierras bien cultivadas, bien organizados nuestros riegos y bien aseguradas nuestras cosechas; y los capitales acudirán á nuestra agricultura, y nuestras tierras subirán de precio. Por el contrario figuraos el desorden en nuestra organización, nuestras tierras mal cultivadas, y sin riego y con sus cosechas eventuales, y